

# Estabilización

Tras un largo período de inflación, suenan ahora por todo el mundo aires estabilizadores de las monedas. La alternativa entre los naturales anhelos de prosperidad y bienestar y los deseos de una moneda sana y estable tiene mayor parte en esta tragedia humana que es la coyuntura económica de la que generalmente se le concede.

Si comparamos dos épocas semejantes por sus antecedentes, como lo son los dos períodos de las postguerras últimas, advertimos que, dentro de su semejanza de posición después de una gran guerra, muestran caracteres coyunturales opuestos. Después de 1918 domina en general la inclinación a restablecer las cosas como habían sido antes de

1914, entre ellas la moneda, respecto a la cual alienta en los países vencedores el loco propósito de restablecer la antigua paridad *ante bello*. Sobreviene entonces la crisis que, con distintas alternativas, abarca casi todo el período de la postguerra. Esa crisis tiene su culminación en 1929-33 y termina, cuando las devaluaciones monetarias practi- cadas entre 1931 y 36 consagran la desvalorización monetaria habida y va siendo reabsorbido el paro, y las necesidades del rearme de las naciones obstruyen definitivamente el camino hacia toda veleidad de restablecer un buen orden monetario.

Ese período se enlaza ya con el de la guerra, un período de inflación naturalmente, pero ahora

La inflación no termina con la guerra, quizás porque tampoco termina la guerra, sino que se prolonga con la guerra fría, una paz armada que cuesta tan cara como la otra y que —¡oh paradoja!—siembra la prosperidad por doquier, la prosperidad y una continuada inflación, favorecida por el derrame sobre el resto del mundo de los recursos con que la nación norteamericana quiere afrontar el peligro de la expansión rusa. Sin tener en cuenta la diferente fase de la política monetaria en dos períodos históricos al parecer semejantes, resulta inexplicable este distinto y aun, encontrado comportamiento de la economía mundial.

Que la influencia en ello de la política monetaria es decisiva, lo demuestran las singularidades de la coyuntura dentro de cada país particular. Durante el período en que la política del dinero cambia de signo, sin sincronía en los diferentes países, se observan simultáneamente fases diferentes del ciclo económico en países contiguos. Mientras en la Gran Bretaña, con la devaluación de la libra y con siguiente abolición del patrón oro, comienza a ceder la crisis y reducirse el paro en 1932, en Francia, en Holanda y en Suiza sigue haciendo estragos en los 4 ó 5 años siguientes, sin más razón que la de que ellos conservan el patrón oro que les impone su rigor de conducta, en tanto que los otros lo echaron por la borda, por lo que pueden maniobrar su dinero con más agilidad y libertad. Cuando los mentados países, ante la presión creciente sobre sus economías, ceden en su empeño y suspenden a su vez el patrón oro, se incorporan a la coyuntura general, viendo aliviada su situación antes precaria,

aunque paradójicamente sana en el aspecto monetario. Instructivo resulta también ver que hasta la estabilización alemana de fines de 1923, los países derrotados, en medio de los males de su inflación creciente, acusan mejor situación general que los vencedores, agobiados por la revaluación de sus monedas. Pero en cuanto estabilizan los primeros, no tardan a presentarse las dificultades que, según Wagemann, aparecen ya en abril de 1924 en Alemania.

Creo que estos hechos vienen en apoyo de mi hipótesis de una tendencia inflacionista natural en nuestro régimen de lucro del capital. Esa tendencia no se puede contrarrestar más que creando una escasez de fondos disponibles en el mercado financiero y de capacidad de demanda en el mercado general, lo cual supone una limitación de la producción por causas monetarias, y las fases del ciclo dependen de la presión monetaria que se ejerza. El error de Keynes fue, a mi juicio, creer que, en una economía deprimida, no comienza la inflación hasta la reabsorción total del paro. No, la inflación comienza desde el instante en que se intenta la expansión de la economía. Y el paro se inicia o incrementa desde el instante en que se trata de reprimir aquella inflación, por muchos que sean los recursos disponibles. Esta es la tragedia de nuestra economía, que no se ha resuelto en la práctica ni apenas en la teoría. La tarea más urgente de la ciencia es encontrar la manera de producir la expansión sin inflación, que sería la verdadera estabilización.

GERMAN BERNACER